

ESTE LIBRO

PERTENECE A:





**NUSTRAS**  
**RESISTENCIAS**  
**ESCRITORAS QUE NOS VUELAN LA CABEZA**



loqueleo®

## MUESTRAS RESISTENCIAS

ESCRITORAS QUE NOS VUELAN LA CABEZA

**D. R. © DEL PRÓLOGO:** Vivian Abenshushan, 2023

**D. R. © DE LOS TEXTOS:** Andrea Chapela, Lola Ancira, Clio Mendoza, Dahlia de la Cerda, Jazmina Barrera, Nadia López García, Olivia Teroba, Amandititita, Isabel Zapata, Alaíde Ventura Medina, Socorro Venegas, Aura García-Junco, Yásnaya Elena A. Gil, Yolanda Segura, Jumko Ogata, 2023

**D. R. © DE LAS ILUSTRACIONES:** Maricarmen Zapatero, Mónica Figueroa, Mariela Perea, John Marceline, Mariana Roldán, Mónica Sánchez "monillus", Maga Rey, Renata Galindo, Fabiola Espiga, Mafer López "La borrega viuda", Rosario Lucas, Lucía Sarabia, Rey Pelcastre "Rey Rey", Pats Peimbert, Daniela Santaella "Skvllflower", 2023

**PORTADA Y CARTEL:** Guadalupe Molina y Pats Peimbert, 2023

**D. R. ©** Santillana Educación México, S. A. de C. V., 2023  
Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias  
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: septiembre de 2023

**ISBN:** 978-607-8941-20-9

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

[WWW.LOQUELEO.COM/MX](http://WWW.LOQUELEO.COM/MX)

 **SANTILLANA®**



COMPILACIÓN Y EDICIÓN:

Arianna Aquino Ortega e Ilse Pérez Morales

loqueleg

# A TI QUE NOS LEES:



Queremos contarte qué es esto que ahora tienes en las manos. Sí, claro, un libro, pero ¿nada más eso? Para nosotras es una de las experiencias más bellas y retadoras que hemos tenido en la vida, y ahora te decimos por qué.

Un buen día (muy buen día, la verdad), a alguien a quien queremos mucho y por quien estamos escribiendo aquí hoy, se le ocurrió presentarnos para que juntas hiciéramos un libro que, sin saberlo aún, soñábamos desde que teníamos tu edad.

Siempre supimos que nos hubiera gustado tener más opciones, más ojos para mirar este mundo, y la simple posibilidad de llegar a los tuyos nos entusiasmaba muchísimo. Pero ¿cómo llegar a ti?, ¿cómo poder transmitirte el amor tan grande que sentimos por quienes hemos leído y han cambiado nuestra vida?

Así comenzó todo. Releímos a nuestras autoras, descubrimos a otras, nos sorprendimos con el talento enorme de las ilustradoras mexicanas y nos volvimos locas de emoción por la buena respuesta que obtuvimos de quienes se sumaron a este proyecto. Pero no creas que se sumaron nada más porque sí, lo hicieron porque querían contarte algo.

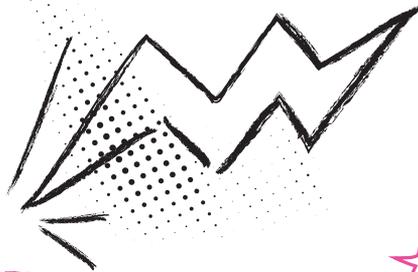
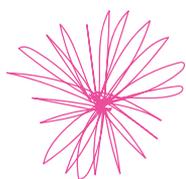
Lo que encontrarás en estas páginas no son textos aislados ni biografías de autoras, son pequeñas historias, pequeños fragmentos de tiempo que se quedan congelados en la memoria y que atesoramos para compartirlos con quien quiera escucharlos, leerlos. También son resistencias, actos que hacen mover la tierra para que el mundo se transforme. Son las luchas cotidianas de quienes han decidido escribir y reescribir su propia historia. Son un regalo.

Por eso, cuando decimos que este libro es la experiencia más bella y retadora que hemos tenido, también estamos diciendo que aquí hay amor, escucha, gratitud, amistad, y charlas, risas, acuerdos, desacuerdos, equipo.

Este libro se hizo en medio del caos, de los corazones rotos, de las felicidades absolutas, del trabajo de madrugada, de las fiestas, de los sustos de la maternidad, de las complicidades entre amistades de antaño y de las que se formaron hace unos meses. Este libro se hizo pensando en que, quizá entre todas, podamos encontrar caminos, encontrar otras maneras de ver el mundo.

Y ahora sí, sólo queremos que este libro llegue a ti, que sea tuyo, para que se te desborde, como a nosotras, en risas, cafés, fiestas... en vida.

Te damos las gracias,  
Ari e Ilse.



NUNCA MÁS

UNA BIBLIOTECA

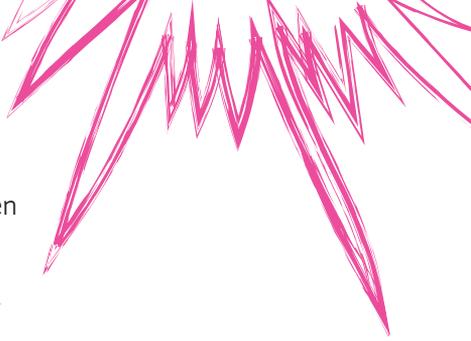
SIN NOSOTRAS

por VIVIAN ABENSHUSHAN



**E**ste libro que tienes en las manos es, en realidad, muchos libros. Una biblioteca portátil que puedes llevar contigo a todas partes. No es pesada y, sin embargo, contiene varios mundos. En ella, se abren pasadizos hacia libros que habían permanecido bajo llave o que habían sido borrados; relatos y memorias cuyas voces parecían olvidadas o desaparecidas; poemas inencontrables. Durante algún tiempo, quizá demasiado largo, algunas personas pensaron que estas palabras no eran importantes o que eran raras o peligrosas, porque habían sido escritas y transmitidas por mujeres. Hicieron como que no existían, las pusieron aparte o las dieron por muertas. Así se escribía entonces la historia de la literatura: en masculino. Pero, como tú sabes, *las fantasmas vuelven*. Lo mismo que los recuerdos, las leyendas y las amigas de verdad. Nunca se van del todo, están ahí siempre, aguardando el momento para reaparecer cuando más las necesitamos.

Este libro es la huella de una historia que no se ha ido, de un pasado que sigue aquí. Es el recuento de las mujeres que escribieron antes que nosotras para decir que *No*. Escritoras que no estaban dispuestas a aparentar felicidad, que no aceptaron el lugar que les había sido asignado: ser cautas, casarse, tener miedo o hijos y, sobre todo, guardar silencio. No, no, no. Se trata de una palabra breve, monosilábica, pero que tiene la fuerza de un volcán. Porque a veces decir que no, quiere decir que sí a otras cosas, es abrirse paso, cuestionarlo todo, provocar grietas en los muros. Ante las preguntas, ¿por qué y para qué escribe?, Rosario Castellanos responde:



—Pero, señor, es obvio. Porque alguien  
(cuando yo era pequeña)  
dijo que la gente como yo, no existe.

Castellanos, como Sor Juana, Pita Amor, Elena Garro, Josefina Vicens, María Sabina, Guadalupe Dueñas, Nellie Campobello, Antonieta Rivas Mercado, Amparo Dávila, Enriqueta Ochoa, Adela Fernández y María Luisa Puga, escribe porque no quiere ser nadie. Las palabras de todas estas escritoras son una afirmación: reclaman el derecho a existir a su manera. En lugar de callarse, como se esperaba de ellas, decidieron escribir o cantar o hablar en público y, al hacerlo, ampliaron su mundo (y también el nuestro). Fueron lúcidas, ácidas, resplandonas, vibrantes, y gracias a ellas ahora podemos tomar desvíos para no entrar en la boca del lobo. Por eso, los fragmentos de sus obras han sido elegidos para esta antología por un grupo de jóvenes escritoras: Lola Ancira, Andrea Chapela, Clio Mendoza, Dahlia de la Cerda, Nadia López García, Olivia Teroba, Isabel Zapata, Alaíde Ventura Medina, Jazmina Barrera, Aura García-Junco, Jumko Ogata, Yolanda Segura, Yásnaya Elena A. Gil, Socorro Venegas. Cada pedacito de relato, poema o diario está acompañado con textos donde las escritoras del presente cuentan cómo se encontraron con las escritoras del pasado, qué poemas les explotaron la cabeza, qué palabras las siguen a donde quiera que van porque las llevan tatuadas en un brazo. *Nuestras resistencias* es un lugar de encuentro entre personas de distintas generaciones, porque las desobediencias del pasado siguen siendo necesarias, y la lectura, como escribe Amanditita, sigue siendo una forma de resistencia. Creo que poner en palabras estas experiencias de lectura, como si fueran auténticas cartas de amor o agradecimiento, es una forma de devolverles algo de la inmensa deuda que tenemos con las escritoras que nos precedieron. También es una forma de contagiar ese éxtasis, esa rebeldía vital. Es una forma de pasar la voz.

Recuerdo un ensayo de la escritora argentina Graciela Montes, quien ha dedicado su vida a escribir sobre jóvenes lectoras que, como tú, están buscando llegar a ser quienes desean ser. En “De la consigna al enigma (o cómo



ganar espacio)”, Montes dice que “nos sentimos sin espacio cuando no podemos hacer nada de lo que, por nuestra voluntad y deseo, queremos hacer, y sólo hacemos lo que nuestra posición en el mundo, nuestra condición social o nuestra función nos obliga a hacer. En esos momentos nos sentimos en una celda”. Pero existe una forma de hacernos espacio, incluso en una habitación diminuta. La comunidad de escritoras aquí reunidas descubrió el antídoto. Para ellas, leer y escribir fue el modo de ensanchar el espacio, incluso en las circunstancias más adversas. Esa fue su tarea de por vida: la construcción de un lugar donde habitar a través del lenguaje.

Por ejemplo, María Sabina, que fue una sabia que curaba con sus cantos, le dijo una vez a un antropólogo: “Mi única fuerza es mi lenguaje”. Ella no necesitó hablar castellano ni escribir con letras sobre un papel ni ir a la escuela para hacer poesía y sanar a mucha gente, porque hablaba el idioma de las hierbas y tenía en su memoria saberes ancestrales. Como escribe Yásnaya: “Además de ayudarse de los hongos sagrados para curar, tejía poesía cuidadosamente con palabras en su lengua materna, el mazateco”. También eso nos descubre este libro, que no hay una sola forma de conocer el mundo: “Cúrate mijita, con las hojas de la menta [...] Vuélvete cada día más lista haciendo caso a tu intuición [...] ¡Tú eres la medicina!”.

Otra fuerza de la naturaleza fue Pita Amor, que en un poema se llamó a sí misma “Biznieta de los bisontes”. La consideraron loca porque ella también tuvo un lenguaje propio y una existencia nada recatada. ¿Cómo sobrevivir siendo una mujer “que soporta una sangre que es de lava”? Nadia cuenta que Pita Amor se paseaba por las calles de la Zona Rosa, vestida con enormes joyas, “maquillada como para una fiesta y repartiendo bastonazos a todo aquel que se atrevía a mirarla con desprecio”. Ella era un bisonte indomable, imposible de guardar en casa, ese lugar estrecho de “irrespirable ansiedad”.

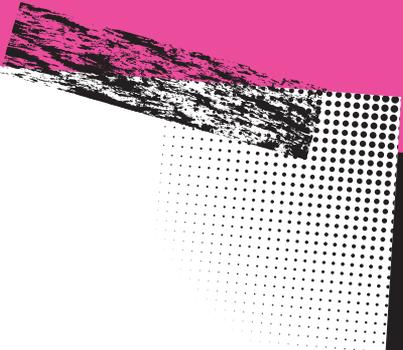
También a Guadalupe Dueñas le obsesionaban las jaulas, “que es otra manera de decir que le obsesionaba la libertad”, como escribe Alaíde. Quizá por eso, sus ficciones están repletas de criaturas animales y vegetales: “Sapos que se inflan hasta reventar, un ejército de ratas, un chimpancé prisionero, una araña, perros, árboles y arbustos, niñas que no se acomodan al mundo de los adultos”.

Hablando de jaulas, pienso en la elección paradójica de Sor Juana: encerrarse en un convento, en una celda, para hacerle espacio a su deseo de conocimiento. Ahí, confinada, fue mucho más libre que si hubiera sido esposa sin biblioteca. Porque a veces bajo la fachada de felicidad del espacio doméstico, pueden habitar seres siniestros. Así lo entendió Amparo Dávila, una de mis escritoras favoritas, en su cuento “El huésped”, que narra la historia de una casa, aparentemente normal, donde una presencia amenazante atormenta a dos mujeres. Pero estas mujeres se unen para acabar con ella.

Juntarnos entre nosotras es, por cierto, otra forma de hacernos espacio. Porque no es fácil desobedecer a solas. Se pagan costos laborales, económicos e incluso afectivos. Muchas de las vidas que aquí encontrarás fueron accidentadas o tuvieron finales trágicos, como el suicidio de Antonieta Rivas Mercado o el aislamiento de Elena Garro. Del mismo modo, las muestras de este libro trazan con frecuencia una geografía empedrada. No se trata de escrituras complacientes ni de historias con finales felices. Adela Fernández escribe sobre las pesadillas cotidianas; Josefina Vicens, sobre el deseo de escribir y la dificultad de hacerlo; Enriqueta Ochoa, sobre los miedos de la infancia y la amargura adulta; Nellie Campobello, sobre el fusilamiento de una mujer valerosa durante la Revolución; María Luisa Puga, sobre el pánico a desaparecer, a dejar de ser una misma, y Jumko Ogata comparte una leyenda que habla de la violencia y el racismo que vivieron las mujeres negras en nuestro país. Escribir no es una actividad cómoda, pero puede ser un refugio. Denuncia las injusticias de este mundo, para hacer otros mundos posibles.

En *Vivir una vida feminista*, la ensayista Sara Ahmed escribe que transformar nuestras vidas no es una tarea solitaria, sino que se construye al lado de otras que han vivido experiencias de exclusión similares a las nuestras. Necesitamos hacernos de buenas compañías que nos revelen algo que había permanecido oculto o silenciado, que nos hagan cuestionar la dirección en la que estamos yendo y que nos abran otras posibilidades. *Nuestras resistencias* pueden ser ahora tus lecturas compañeras, como lo fueron para nosotras: un libro para pasarlo de mano en mano hasta que quede medio roto, medio desvencijado, lleno de apuntes y rayones, tuyos, míos, de todas.





**AQUÍ COMIENZAN**

*NUESTRAS RESISTENCIAS.*

**LÉELAS,**

**APRÓPIATE DE ELLAS,  
MÁRCALAS, INTERVENLAS...**

**ESTE LIBRO ES TODITITO TUYO.**

# MARÍA LUISA PUGA:

## ESCRITURA

## EN MOVIMIENTO

POR ANDREA CHAPELA



mi copia de *Pánico o peligro* está repleta de *post-its*, ya no sé qué significa cada color, pero me da pena quitarlos. Cuando abro sus páginas, veo subrayados de distintos colores, algunos párrafos están comentados, otros tienen signos de admiración al lado. A veces busco esos fragmentos y me pregunto qué estaban pensando esas otras versiones de mí misma; otras veces recuerdo perfectamente dónde estaba y qué me estaba pasando. Es un libro que he releído muchas veces, que me ha acompañado por varios países y que ha pasado por las manos de muchas amigas. En él puedo leer la historia de Susana y sus tres amigas de la infancia, pero también, mi vida en los últimos quince años.

La primera vez que me encontré con el libro tenía dieciocho y estaba en el último año de preparatoria. No sabía qué estudiar, si debía dedicarme a las letras (aunque todavía no era capaz de aceptar que quería ser escritora) o estudiar ciencias y seguir el camino de mis padres. Mi profesor de Español me propuso que participara en un concurso de investigación para ver de qué se trataba la carrera. Ya no recuerdo por qué quise leerlo, pero en las páginas de *Pánico o peligro* me encontré con una Ciudad de México antes del 85, antes del 68, muy distinta a la que yo estaba viviendo en el 2009. Desde mi casa en Xochimilco soñé por primera vez con vivir, como Susana, cerca de la Avenida de los Insurgentes.

Con la excusa de la investigación, obtuve permiso para no entrar a clase de Filosofía y pasar todo el año pensando y leyendo a María Luisa Puga. Aunque en esa época estaba a punto de publicar mi primera novela y llevaba varios años escribiendo, ese fue el primer momento en que pensé que quería aprender



cómo contar historias que fueran más que la trama, que pudieran hablar como lo hacía esa novela.

Cuando estuve hojeando sus libros para elegir los fragmentos de su obra, pensé que, aunque hoy sí vivo cerca de Insurgentes, todavía no pienso ni escribo con tanta claridad como ella. Tal vez por eso su obra se siente como un faro al que regreso cuando me siento perdida.

Publicó durante su vida más de veinte libros y dejó un sinnúmero de cuadernos y diarios que ahora viven en la Universidad de Austin. Sueño con ir algún día porque siento que, si pudiera leerla toda, aprendería a ver mejor.

Cuando medito sobre los años que he vivido fuera y mis planes de volver a irme, pienso mucho en que ella pasó buena parte de su vida en movimiento. Nació en la Ciudad de México en 1944, pero pasó su infancia en Acapulco y su adolescencia en Mazatlán. Después vivió diez años fuera del país en Londres, Oxford, París, Roma, Grecia y Nairobi. Al volver a México, sólo pasó unos años en la capital antes de irse a Cuernavaca y finalmente a Pátzcuaro, donde murió después de desarrollar artritis reumatoide, una enfermedad que le causaba mucho dolor. Entre sus palabras, sus historias y estos destellos de su vida busco de dónde vendrá esa capacidad para plasmar sus agudas observaciones sobre nuestro país, sobre las personas, sobre el acto mismo de escribir.

*Pánico o peligro* fue la primera novela urbana escrita por una mujer en México. Pretende narrar toda una vida, porque trata sobre el amor, la amistad, el despertar político de una sociedad, las experiencias de cuatro secretarías en la década de los sesenta, pero más que todo es un libro sobre hacerse persona a través de contar la vida o, más precisamente, de escribir la vida. Después del año que pasé en compañía de ese libro, decidí que no iba a estudiar Literatura, pero supe sin lugar a dudas que quería ser escritora.





**E**n el fondo, lo que yo rechazaba era eso que Lourdes dejaba implícito cuando decía: “Susana, no puedes seguir así. Tienes que hacer algo”. Ella quería que **dejara de ser yo** de un día para otro y me convirtiera en algo distinto. Por supuesto que yo decía que no, y no sólo eso, me producía tal **pánico desaparecer** (si dejaba de ser yo para ser otra cosa, en dónde me quedaría), que **me aferraba a mí misma** y no hacía más que mirar para afuera en **espera de que me viniera algo a tratar de cambiar**, pero entendiéndolo yo. Una cosa es desaparecer, otra es morir.

↪ *Pánico o peligro,  
María Luisa Puga.*



ILUSTRADO POR MARCARMIEN ZAPATERO

# ABUELA LITERARIA, ADELA FERNÁNDEZ

POR LOLA ANCIRA

**S**iempre es una alegría tremenda descubrir a una autora, en especial cuando escribe lo que te encanta leer; en mi caso, cuentos inquietantes, siniestros, que te descolocan, te sorprenden y te muestran una manera nueva de ver la realidad o lo que se oculta en ella: desconfianza, misterio, situaciones amenazadoras. La ficción es un patio de juegos muy amplio para aventurarnos en distintas emociones que nos desafían para sacarnos de la cotidianidad.

Descubrí a Adela Fernández gracias a un seminario de Literatura fantástica en la UNAM. El primer cuento que leí de ella fue “Cordelias”, una historia breve sobre una niña pequeña que se puede duplicar si se mira en cualquier superficie reflejante: su “doble” cobra vida, se convierte en otra Cordelia idéntica a la original.

Cuando lees algo que te fascina, quieres más. Yo quería leer toda la obra de Adela, quería descubrir más de esos otros mundos donde lo sobrenatural desordena lo conocido. Quería saber de otras Cordelias, de otros pueblos donde ese tipo de cosas podían —y debían— ocurrir. Entonces leí “La jaula de tía Enedina”. Enedina no sale de su casa desde hace mucho, y quien cuenta la historia es su sobrino, la única persona al pendiente de ella, ambos rechazados por su propia familia. Me impresionó la manera en que los dos unen sus soledades y forman un nuevo y espeluznante vínculo.

Como suele ocurrir con escritores que publicaron hace décadas, las obras de Adela eran difíciles de conseguir. Tuve la suerte de que un amigo me prestara dos de sus libros de cuentos: *Duermevelas* y *Vago espinazo de la noche*. Leí las historias una tras otra como si no pudiera soltarlas, ese es el efecto de



la literatura de Adela en mí. Pero quería tener mis propios libros, porque los intervengo con lápiz, les hago distintas marcas y les pongo notas adhesivas: creo mapas de lectura que me guían cuando regreso a esos textos, porque la literatura que nos gusta nos marca, nos cambia... y lo seguirá haciendo con las relecturas para reafirmar su grandeza. Hay frases e ideas a las que debemos regresar para no olvidar su profundidad y, así, confirmar la importancia de su significado para nosotras.

Cuando por fin encontré su obra reunida, descubrí en sus historias breves, cinismo y crueldad, violencia y sufrimiento que resaltan lo insólito de lo cotidiano. Para mí, Adela trabaja la psicología de los personajes y las atmósferas bajo la misma óptica de lo aterrador y lo esperanzador. Pone el dedo en la llaga social, denuncia, muestra lo descompuesto y cómo esto afecta a los más vulnerables: niños, protagonistas de la mayoría de sus historias.

El regalo que me legó Adela son historias surrealistas que inquietan y cautivan, que entrelazan la realidad y lo onírico, que entretejen el espanto y la tragedia. Son cuentos que surgieron en un patio de juegos peculiar: pesadillas pavorosas que, como fantasmas, se quedaron rondando en mi memoria para siempre. Como escritora, a mí me interesa mucho la orfandad, la violencia de género, la pobreza y el racismo, que son precisamente algunos de los temas que Adela retrata en sus historias. Ella nos muestra la crueldad humana más terrible para movernos hacia la empatía por los más necesitados y desfavorecidos, para mirar al otro y reconocerlo como un igual.

Su herencia es un imaginario único, singular, y la gran calidad de sus obras tan espeluznantes como magníficas merece que encuentre nuevos lectores. Esta escritora olvidada amerita un justo lugar entre las autoras reconocidas del género, como Inés Arredondo, Guadalupe Dueñas o Amparo Dávila.

Que Adela no quede en el olvido de nuevo, saquemos de la oscuridad a esta abuela literaria y maestra de lo siniestro y démosle el lugar que siempre ha merecido.



Cuando el tema estuvo agotado y todos llegaron a la indiferencia por la recogida, mi madre comenzó a llevarla al mercado y a la iglesia. El día que fueron a traer agua de la fuente, Cordelia se sorprendió al ver por primera vez su rostro reflejado y comenzó a hablar consigo misma. A punto de retirarse del lugar, de la fuente salió el reflejo y adquirió cuerpo y alma. Mi madre fingió no asombrarse y ante los ojos estupefactos de los aguadores, como si nada hubiera pasado, tomó a las niñas de la mano y emprendió la caminata de regreso. Mi madre llegó a casa con dos Cordelias, una de ellas empapada. Las murmuraciones recomenzaron y tuvo que sobreponerse a las más insólitas maledicciones.

"Cordelias",  
Adela Fernández.

